

actual posición frente a mí mismo», nos dice este joven poeta uruguayo en palabras iniciales del volumen.

Hay poesías fechadas en 1923 y en 1931, y aunque es respetable el número de años corridos entre ambas fechas, no vemos gran diferencia entre unas y otras. No ha logrado siquiera García Berisso un mediano señorío de la forma. Entre sus *Apóstrofe al tirano argentino Uriburu* y su soneto *In fraganti*, escrito en 1923, nos parece mejor este último, a pesar de su insignificancia.

Con temperamento poco interesante aparece este poeta a través de las noventa páginas de este libro que comentamos. Sin hondura subjetiva, no es tampoco paisajista, y carece en absoluto del don de sugerir, característica muy justa de los grandes líricos.

Medianía espiritual acentuadísima, además de una franciscana pobreza de expresión, hacen que *Desde Aquí...* no sea augurio muy feliz de cosechas futuras. Todo poeta verdadero, aun en los balbuceos de su iniciación, dejó ver siempre algún asomo de su personalidad.

En *Ruego*, la primera poesía del volumen, hay este verso de técnica infantil que así, aisladamente, bastará para confirmar ante el lector lo que ya hemos dicho:

«y escuche nuevamente yo el
claro ruiseñor».

Acaso las palabras que citábamos al comienzo de este ligero comentario prometían una nueva postura literaria, en armonía con el

rumbo que algunos han querido dar a su afán de poetas. Pero no creemos que obtenga éxito como vanguardista el mediocre cultivador del verso clásico que hay en García Berisso.

El soneto que copiamos a continuación confirmará lo que decimos:

- A Froilán Vázquez Ledesma.

¡Salve romántico y altivo esteta,
de corazón magnánimo y vehemente!
Bohemio y soñador de tersa frente,
que en tu vida y tu canto eres poeta.

Fué empeño de tu mente siempre
[inquieta
combatir al humano prepotente,
y esparciste de Acracia la simiente.
con la rara elocuencia de un profeta,

Vino y amores con fervor libabas,
los mercantes del templo repudiabas
y sufriste a los émulos de Zoilo.

Partiste... y nos quedaron tus
[cantares,
reflejando las cumbres luminaras
de tu musa augural. ¡Invicto Froilo!

Y lo transcrito no responde a una búsqueda afanosa, sino al azar de una página abierta.—P. S.

ENSAYOS

VIDA DE MANUEL RODRÍGUEZ, por
Ricardo A. Latcham.

No busquemos en este libro tan interesante y tan vivo de Ricardo A. Latcham, *Vida de Manuel Rodríguez*, (1) la falla menuda de estilo o en ciertos momentos la precipitación, tan natural en un espíritu nervioso y vehemente, como el suyo. Latcham es un animador. Anima

(1) Editorial Nascimento, Santiago, 1932.

cuando habla y anima cuando escribe. La juventud, por lo demás, tiene estas impacencias que chocan en un país cuya solemne gravedad ha llegado hasta convertir gran parte de su literatura en un canto monótono, melancólico. A la tru-truca plana y sorda, responde la queja plañidera de la quena... América comienza a salvarse de estas quejumbres, en la obra de los nuevos intérpretes y animadores que están dando un sentido a su vida y a su historia.

Porque traer un muerto hasta el centro de nuestra atención y dejarlo allí tendido, como simple testimonio de la época, sin lumbre interior alguna que haga arder su aniquilada corpulencia, trabajo de cargador de puertos, y luego descubrir sus prendas y contarnos que anduvo en tales o cuales empresas, puede todo eso ser la obra de un severo ordenador de cifras, fechas y datos, pero no nos dirá, en cambio, nada del hombre, del espíritu que animó ese cuerpo, de las penurias o esperanzas que bulleron en su naturaleza, de las relaciones que el hombre tuvo con su tiempo y de las reacciones que el hombre experimentó en su postura con el tiempo. El tiempo mismo tuvo su atmósfera, sus torbellinos, sus pasiones limpias o envenenadas. Fué tiempo de escepticismo o de ingenua creencia. Tuvo el tiempo una tónica, como la tiene el nuestro, y será más tarde descubierta por los que han de venir.

El documento revive en las manos del animador. La ceniza se convierte en materia palpitante. Se

retrocede para despertar la materia muerta, para descubrir en ella, en el latido más ínfimo, una postura vital que nos haga sentir la coherencia de nuestro tiempo con el pasado, en lo que ambos tienen de humano. A veces se retrocede y se muere entre los muertos...

En el libro de Latcham encontramos la época y el hombre. Este en función de aquélla. Los temperamentos habituados a encontrar en Manuel Rodríguez un héroe de leyenda— el pueblo, la tradición, formó esas historias pintorescas—sentirán en este libro un vacío. No es un anecdotario de Manuel Rodríguez, no obstante, contener algunas muy sabrosas, sino una interpretación del hombre, de acuerdo con la más estricta documentación. Revive, sin embargo, con un carácter eminentemente popular. Es de la pasta del pueblo. Tiene sus astucias, sus arrestos, su donjuanismo veleidoso, su inconstancia. En medio de esa sociedad pacata, apegada a la tradición y a la comodidad, salta el turbulento guerrillero, con toda la prestancia de un héroe picaresco. Se burla de la muerte. ¿No es eso quizá el más característico de los dones raciales de aquel tiempo? Vivió en ebullición permanente, sintiendo una patria a su modo, queriendo hacerla a su modo, sin un dominio que lo retuviera, porque su naturaleza rebelde estaba más cerca de los huasos y de los arrieros que de los solemnes descendientes de odores. Tuvo el instinto sin duda de que la patria era eso, el pueblo y no la parte social estirada y grave, que se sentía adherida a

la colonia y al vasallaje y de la que muchos miembros llegaron a prestar apoyo a los realistas contra la independencia. Por eso el elemento conservador lo miró siempre con recelo. Por lo menos en su aspecto de conspirador y de rebelde, no le entregó su complacencia.

No es un personaje de rango en la independencia. Está siempre en segundo término, en la agitación, en la efervescencia, en el capricho. Sentía a Carrera con la impetuosidad de un discípulo, y en cambio a San Martín y a O'Higgins, como los espíritus severos que estarían siempre dominándolo y conteniéndolo. La Independencia tuvo también sus intrigas y sus pasiones. No fué únicamente un drama en alto tono. Había la cosa pequeña, la venganza, el chismorreó, el fantasioso pelambrillo, tan del gusto chileno, como lo otro; los rencores, las fuerzas desencadenadas, en instintos, las luchas sordas entre lo más denso de la pelea. Así se forjó la alabada de esta hora en ebullición. Con todos los gérmenes, que han subsistido a lo largo de su historia política y social, reviviendo o rebrotando, cada vez que las fracciones del rebelde popular se han encontrado con las huestes solemnes y cejijuntas del conservadurismo.

Astuto y agudo lo era Rodríguez, como nadie de entre aquellos personajes. Más que eso, psicólogo. Un observador que daba en el clavo. He aquí lo que decía a San Martín acerca de la dominación española:

«Cada caballero se considera único capaz de mandar; no quiero junta por no dividir el trono. Pero

lo célebre es que en medio de esta ansia tarascal se llevan con la boca abierta esperando del cielo el ángel de la unión...»

El libro de Latcham es una historia viva. Un tumulto de hombres. Costumbres y rasgos de la época están animados por un extraño dinamismo. Se mueven con existencia propia. Salen del documento, se desprenden de las secas páginas históricas o epistolares en que estaban atados y buscan la atmósfera que sin duda les fué familiar. Pero especialmente es un acierto como interpretación de la época, aunque no lo sea como estilo, puesto que a través de la biografía se ha hecho una náalisis psicológico de nuestra raza y se han trazado los primeros cuadros políticos y sociales, de la Independencia, con agudo sentido crítico.—*Domingo Melfi.*

EL SENTIDO DE LA CULTURA ESPAÑOLA (Ensayos), por *Federico de Onís.*

Don Federico de Onís, autor de un ensayo titulado *Disciplina y rebeldía* y de varios capítulos acerca de los escritores españoles contemporáneos, acaba de dar a luz de publicidad un nuevo libro de ensayos, editado por la Residencia de Estudiantes de Madrid. La obra oral y escrita de Federico de Onís es bien conocida de todos los que nos ocupamos en explicar la cultura hispánica en los Estados Unidos. Por diez y seis años este profesor salmantino se ha dedicado a propagar nuestros valores culturales desde